

La percepción del Magreb en la cartografía histórica española*

JUAN B. VILAR**
Universidad de Murcia

Resumen

La percepción del Magreb en España, es decir de nuestros vecinos meridionales, ha estado condicionada durante siglos por la cartografía, su evolución y progresos. Hasta bien entrado el siglo XIX, y sobre todo hasta después de 1900, en que se generaliza un conocimiento directo de esos países y se afianzan las relaciones con ellos (Marruecos y Argelia en particular), la percepción del mundo magrebí en el imaginario popular español estuvo fuertemente influida por la cartografía.

Palabras clave: Cartografía hispánica, Magreb, España, progreso cartográfico, siglos XV-XX.

Abstract

The perception of Maghreb in Spain, that is to say, of our southern neighbours, has been conditioned for centuries by the cartography, its progress and evolution. In fact, until well into the XIXth century, and, above all, after 1900, in which a direct knowledge about those countries becomes widespread and relations with them become established (Morocco and Algeria in particular), the perception on the Maghrebien world was strongly influenced by the cartography in the Spanish popular imagery.

Key words: Hispanic Cartography, Maghreb, Spain, cartographic progress, XVth-XXth centuries.

* Fecha de recepción: 20 diciembre 2006.

** Catedrático de Historia Contemporánea. Facultad de Letras. Universidad de Murcia (Campus de la Merced; C/ Sto. Cristo, 1) 30001-Murcia. Tel. 968-363226. Fax: 968-363417. E-mail: jbtvilar@um.es

Planteamiento

Es sabido¹ que la cartografía es el arte de componer y trazar mapas geográficos, históricos e histórico-geográficos, y también la ciencia que explica y difunde los contenidos de esos mapas. Por su parte el mapa es una representación geométrica plana y simplificada de toda la superficie terrestre o de parte de ella, de acuerdo con criterios y proporciones convencionales que llamamos escala.

Variedad importante en el conjunto de la producción cartográfica son las *cartas marítimas* para uso de navegantes, mapas que otorgan atención preferente al litoral, y muy especialmente a los puertos, su posición, accesos y otras características que les son propias. De ahí que inicialmente se les llamara *portulanos*, tipo de cartografía que tuvo máximo protagonismo entre los siglos XIII y XVI.

En la centuria siguiente fue la cartografía perfeccionada con criterios más científicos y rigurosos, al introducirse en esos y otros mapas la escala, o representación proporcional del espacio cartografiado, e incluirse información referida a los fondos marinos (sobre todo los inmediatos al litoral) y a la profundidad de los mismos. Es así como surgió en Francia la *cartografía hidrográfica*, generalizada en los siglos XVIII y XIX, y a cuyo perfeccionamiento contribuyeron de forma destacada los marinos científicos españoles de Cádiz, Cartagena, El Ferrol y La Habana, autores de todo tipo de cartas marítimas². Desde la representación de puertos concretos y sus accesos, a *cartas de pilotaje* sobre las inmediaciones de los mismos, *cartas de cabotaje* para hacer recorridos o singladuras sin perder de vista el litoral, *derroteros* o itinerarios de largos recorridos, y otras específicas sobre corrientes marinas, vientos, posición de los faros o áreas de pesca, hasta llegarse a la representación de las máximas superficies en las llamadas *cartas oceánicas* y *planisferios*.

Una cartografía esa en la que el litoral y su *hinterland* territorial inmediato merecerá atención prioritaria cuando no exclusiva, en detrimento de un interior poco conocido o enteramente ignoto. Ello no experimentaría cambios fundamentales hasta mediado el siglo XIX y sobre todo en la siguiente centuria. De un lado en la medida en que fue ensanchándose el horizonte geográfico, hasta conocerse la práctica totalidad de la superficie terrestre. Y de otro por la creciente precisión de la representación cartográfica, impulsada por los avances de las ciencias exactas y físico-naturales, así como de las técnicas (utilización de la fotografía aérea y de la obtenida desde satélites situados en el espacio extraterrestre, digitalización de esas y otras informaciones, etc.).

Naturalmente la percepción del Magreb en España ha estado condicionada durante siglos por la cartografía, su evolución y progresos. El conocimiento directo de esos países, exceptuados los testimonios de unos pocos viajeros europeos (por lo general españoles,

1 Véase JOLY, Fernand: *La cartografía*. Barcelona: Oikos-tau. 1988, p. 51ss. (1ª ed. francesa: París. 1976), quien a su vez remite a amplia bibliografía.

2 VV.AA.: *Historia de la Cartografía española*. Madrid: Real Academia de Ciencias. 1988.

italianos, británicos y franceses) que por lo demás raras veces se aventuraron en el interior, testimonios que de otro lado no tuvieron excesiva difusión, hasta bien entrado el siglo XIX se circunscribió al litoral, y más exactamente al inmediato al rosario de enclaves ocupados por españoles y portugueses entre Trípoli, en el Mediterráneo central, y Mazagán, en el litoral atlántico sur-marroquí. Todos ellos plazas de seguridad para vigilar y contener el curso magrebí entre los siglos XVI y XVIII. También firmes plataformas para potenciar el curso propio «en tierras de moros».

Tales posiciones fueron desapareciendo gradualmente hasta quedar reducidas en esa última centuria a Orán y su antepuerto de Mazalquivir, en la costa argelina –enclaves evacuados en 1791–, y a las también ciudades españolas de Melilla y Ceuta, con sus islotes inmediatos, en el litoral del sultanato fasí. Estas últimas, más interesantes para España en razón de su proximidad a la Península, y por igual motivo más fáciles de retener.

Un mundo ese, el de ambas orillas (*bayna al-‘idwatayn*) del Mediterráneo occidental, a un tiempo próximo y lejano, en razón de sus profundas disparidades de lengua, religión, cultura, costumbres y sistemas políticos a partir de la conquista árabe de la cornisa norteafricana, con la consiguiente ruptura de la multiseccular unidad del Mare Nostrum en el mundo antiguo bajo la égida de Roma. Pero también por el permanente estado de guerra entre ambas mitades sur y norte, y por la disputa del control del Mediterráneo en su conjunto por dos imperialismos exclusivistas y agresivos, el español y el otomano, llamados a disputarse por largo tiempo el control de los pacíficos estados magrebíes, en definitiva víctimas de uno y de otro.

En cualquier caso el documento cartográfico viene a ser expresión fehaciente de las prioridades inherentes a una realidad político-social y cultural concreta. De entrada, la detallada información aportada en los mapas del Mediterráneo sobre los estados europeos contrasta con la pobreza informativa observable en los mismos sobre los espacios africanos ribereños de ese mar. Ello obedece sin duda a la escasez de datos fiables referidos a esos parajes, pero también a motivaciones más complejas. Especialmente por concederse incuestionable preferencia al Mediterráneo europeo respecto al africano, al que indistintamente, y sea cual fuere la información disponible, se le otorgará tratamiento secundario y con frecuencia casi marginal.

Tales preferencias son ya perceptibles en los mapas medievales, los portulanos, no obstante a que en ellos los nombres de accidentes geográficos aparecen escritos perpendicularmente al litoral, y por tanto su lectura es posible desde cualquier posición. Por el contrario al introducirse la orientación N.-S. en los mapas a partir del XVI, la representación gráfica, ornamentación y sobre todo los textos se disponen horizontalmente, lo cual conlleva indudablemente ventajas técnicas en la composición y sobre todo para el lector. Pero al propio tiempo, como hace notar M. de Epalza³, con tal innovación fueron

3 EPALZA, Mikel de: «La cartografía mediterránea que fomenta racismos», en VV.AA., *Sobre el Mediterráneo*, nº 12-13 de revista *Canelobre* –monográfico– (Alicante, 1988), 40-44.

potenciados de forma consciente o inconsciente los espacios situados en el norte respecto a los ubicados en el sur.

«Lo que en su inicio no fue más que puro convencionalismo, el que fuera precisamente el Norte el que estuviera en la parte superior (el Norte siempre será el Norte, pero lo que es arbitrario es que esté en la parte superior) –refiere Epalza⁴–, se convirtió en expresión de superioridad e inferioridad...», en razón de la fuerte carga de juicios de valor que ello conlleva sobre los países representados, sus habitantes y su cultura. En efecto, para percatarse de ese efecto visual basta dar la vuelta al mapa, de forma que el sur quede en la parte superior.

El mismo autor añade en otro lugar⁵ que esa valoración de lo superior sobre lo inferior tiene desde luego una base física en la ley de la gravedad, y que tal valoración transmite una imagen jerárquica y vertical de los valores enjuiciados, según lo cual lo superior es lo bueno y lo inferior lo malo, de forma que en uno y otro nivel se sitúan respectivamente dominantes y dominados, lo perfecto y lo imperfecto, lo excelente y lo mediocre, y en suma el cielo y el infierno. Una disposición espacial esa que ha marcado nuestra cultura, y que de alguna forma ha determinado la catalogación de valores y fuerzas en el mundo actual. Un ejemplo: el Eje geopolítico Norte-Sur contraponen hoy los países avanzados y poderosos del bloque norteamericano, a los meridionales, instalados en la debilidad y el atraso.

La visualización del Magreb (respecto a Europa, y por tanto España), sobre todo en la cartografía generada durante los tres siglos de la modernidad, transmite explícitamente ese mensaje de valores contrapuestos. Y no solo de forma subliminal sino también gráficamente, en razón del diferente tratamiento otorgado al sur respecto al norte. Con anterioridad a la aparición de la cartografía científica en la 2ª mitad del siglo XIX, la postergación de aquel en ocasiones es reforzada con elementos ornamentales más o menos pintorescos, que en realidad vienen a disimular o suplir la ausencia de información seria.

La cartografía hispánica sobre el Magreb en su andadura histórica

La cartografía española conoce un desarrollo espectacular en el siglo XVI, impulsada por la nuclear función de España en el mundo de los descubrimientos geográficos durante esa centuria. Pero también como resultado del progreso científico del país –matemáticas, cosmografía, náutica–, y de una brillante tradición cartográfica medieval en Mallorca, Cataluña, Valencia y Sevilla.

Tal pujanza se transformará en decadencia desde mediados del XVII, para resurgir vigorosamente cien años más tarde, en que España recupera su condición de estado ma-

4 Ibídem, p. 42.

5 EPALZA, «Imágenes entre ambos lados del Mediterráneo: geografía e historia, del atlas al icono», en LÓPEZ GARCÍA, Bernabé y BERRIANE, Mohamed (dirs.): *Atlas de la inmigración marroquí en España*. Madrid: Taller de Estudios Internacionales Mediterráneos (TEIM)-Universidad Autónoma de Madrid. 2004, p. 20.

rítimo y mercantil de primer orden. Su descalificación como potencia naval a comienzos del siglo XIX –Trafalgar–, y poco después la pérdida de la América continental, conllevó la decadencia de los estudios cartográficos, que no resurgirían sino parcialmente en la segunda mitad del siglo, en torno a la madrileña Dirección Hidrográfica.

El litoral, islas, mares, ríos, llanuras, mesetas, cordilleras y ciudades de América, y el Océano Pacífico, abierto también a la navegación y al comercio por los españoles, pronto se convertirían en objetivo preferente de la cartografía hispánica, que en relación con esos vastos espacios hasta el momento ignotos, aportaría sus contribuciones científicas más destacables y de superior trascendencia. Pero el Mediterráneo continuó atrayendo a nuestros cartógrafos durante el período apuntado, por consideraciones geográficas, económicas e incluso políticas: en particular la vinculación a España de una parte de Italia y la presencia española en diferentes puntos del Magreb.

Túnez, Argelia y Marruecos –por extensión también el litoral de Libia actual– merecieron atención especial de los cartógrafos hispanos. No sólo en razón de su privilegiado emplazamiento en el Mediterráneo centro-occidental, sino también por su condición de países contiguos a la Italia hispánica –reinos de Nápoles, Sicilia y Cerdeña sobre todo–, así como a Baleares y la Península ibérica, por no hablar de la secular ocupación por España de dos decenas de enclaves al otro lado del mar, entre Trípoli y Yerba de un lado y Larache y La Mámora (actual Mehedia) de otro, trasunto de un imperialismo mesiánico y agresivo respecto a los en principio débiles y pacíficos estados magrebíes, presencia llamada a derivar en formal protectorado sobre el sultanato hafsí de Túnez entre 1535 y 1574, en perenne estado de guerra con la Regencia de Argel por espacio de trescientos años –ocupación de Mazalquivir y Orán entre 1504 y 1791– y mediatización de los territorios norteafricanos situados más al Occidente, hasta el Atlántico, durante un período de tiempo todavía más dilatado, antes y después de la formación del actual reino de Marruecos⁶. Hostilidad que obviamente conllevó el diseño y arraigo en la Península de una imagen negativa del vecino meridional, el otro, el *moro*, el enemigo por definición, percepción irreal pero llamada a arraigar profundamente en el imaginario popular⁷.

6 Dos ajustadas síntesis, que remiten además a las fuentes disponibles y a una actualizada bibliografía, son las de Mercedes GARCÍA ARENAL y Miguel Ángel de BUNES: *Los españoles en el Norte de África. Siglos XV-XVIII*. Madrid: Ed. Mapfre. 1992, y Juan B. VILAR y Ramón LOURIDO, *Relaciones entre España y el Magreb. Siglos XVII y XVIII*. Madrid: Ed. Mapfre. 1994. Véase también el libro clásico de Fernand BRAUDEL, *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo en la época de Felipe II*. México: Fondo de Cultura Económica. 1980, 2 vols., y del mismo autor: *En torno al Mediterráneo*. Barcelona: Paidós. 1997. Interesa, a su vez: BONO, Salvatore: *Corsari nel Mediterraneo. Cristiani e musulmani fra guerra, schiavitù e commercio*. Milán: Mondadori. 1993; SOLA, Emilio: *Un Mediterraneo de piratas, corsarios, renegados y cautivos*. Madrid: Tecnos. 1988. Respecto al concreto ámbito oranés, son básicas: SÁNCHEZ DONCEL, Gregorio: *Presencia de España en Orán (1509-1792)*. Toledo: Estudio Teológico de S. Ildefonso. 1991; ALONSO ACERO, Beatriz: *Orán-Mazalquivir, 1589-1639: una sociedad española en la frontera de Berbería*. Madrid: CSIC. 2000; y ALONSO ACERO, *Cisneros y la conquista española del Norte de África: cruzada, política y arte de la guerra*. Madrid: Ministerio de Defensa. 2006.

7 BUNES, Miguel Ángel de: *La imagen de los musulmanes y del Norte de África en la España de los siglos XVI y XVII: los caracteres de una hostilidad*. Madrid: CSIC. 1989.

El portulano del siglo XVI, reacuñación de modelos bajomedievales, alcanzará cotas científicas difíciles de superar con cartógrafos tales como D. Homen, D. Ribero, M. Prunes, B. y J. Olives, J.B. y F. Oliva, J. Riczo, J. Martínez y F. Vaz Dourado, entre otros. Pero desde finales de esa centuria caerá en un barroquismo decorativo que nada aporta en cuanto se refiere a técnica de representación e información toponímica.

Las frecuentes deformaciones de bulto y detalle perceptibles en los mapas de la época son atribuibles ante todo a una fidelidad acrítica a los errores de cálculo tolmáicos, errores luego asumidos y difundidos por Mercator en su célebre *Atlas*. Un ejemplo. El paralelo 40° N. que pasa por Menorca y los Dardanelos, declina hacia el S. hasta hacérselo coincidir con la latitud de Alejandría. Con la toponimia sucede otro tanto, repitiéndose hasta la saciedad la incorrecta ubicación de ciudades y lugares geográficos, y mediante la imaginaria demarcación de países y territorios.

En lo que al Magreb concierne cabe señalar a modo de ejemplo la atribución a la Regencia de Trípoli de la isla de Yerba y la totalidad de la región tunecina situada al E. de Gabes cuando en realidad sólo lo fue entre 1574 y 1610; la invariable inclusión en Túnez del área situada entre Annaba y Bedjaïa –antiguas Bona y Bujia– dos siglos después de haber pasado a la soberanía de Argel; la confusión entre los ríos Muluya y Nekor como límite de los sultanatos de Tremecén y Fez, la arbitraria disposición de la toponimia en la mal conocida y siempre peligrosa costa rifeña, o la caprichosa descripción del interior magrebí, hasta el siglo XIX tan desconocido para la ciencia geográfica oficial como lo fuera en tiempos de Ibn Jaldún, no obstante ser visitado esporádicamente por viajeros europeos⁸.

En contrapartida, abundan ilustraciones realizadas a base de reyes, santos, ciudades, guerreros, estandartes y una flora y bestiario africanos más o menos imaginarios. El portulano tradicional de cuño catalano-mallorquín, después de haber logrado representar durante siglos con admirable precisión el litoral mediterráneo y por extensión una parte del atlántico entre cabo Bojador y Escandinavia, hacia 1600 ha dejado de ser instrumento científico para convertirse más bien en artículo ornamental y suntuario. Para los cartógrafos del momento Tolomeo continuaba siendo el geógrafo más autorizado⁹, no obstante haber quedado anticuado por la pasmosa ampliación del horizonte geográfico en muy pocos años a remolque de acontecimientos de trascendencia universal tales como el hallazgo de la ruta atlántico-índica de la India y Extremo Oriente, de los descubrimientos de América y el Mar del Sur, y las primeras circunnavegaciones del globo.

8 Véase verbigracia, CONTRERAS, Alonso de: «Derrotero del Mediterráneo». Apéndice a *Vida del capitán Alonso de Contreras*. BAE, t. XC («Autobiografía de soldados del siglo XVII»). Edición y estudio preliminar de J.M^a. de Cossío. Madrid. 1956, pp. 219-226).

9 Véase BULLÓN, Eloy: *Miguel Servet y la Geografía del Renacimiento*. Madrid. Instituto Juan Sebastián Elcano. 1945 [1^a ed.: Madrid. Real Academia de la Historia. 1928 –discurso de recepción en 23 diciembre 1926–]. También: VICENTE MAROTO, M^a. Isabel; ESTEBAN PIÑERO, Mariano: *Aspectos de la ciencia aplicada en la España del siglo de Oro*. Valladolid: Consejería de Cultura y Turismo. 2006.

Pocos son los cartógrafos que en el siglo XVI y XVII introducen cambios enriquecedores en la toponimia, o que procuran actualizar los conocimientos heredados con noticias de primera mano. La mayoría opta por copiar con mayor o menor fortuna modelos anteriores, o en el mejor de los casos recurren a alguna fuente bibliográfica para ampliar su acervo de conocimientos. Fuentes, por cierto, no siempre fiables. Ni siquiera las más autorizadas.

Un ejemplo. Cuando en la primera mitad del siglo XVI el musulmán de Granada converso al cristianismo Juan León el Africano, nos presenta el reino de Túnez, «al que están sometidas cuatro regiones: Bugía, Constantina, Ezzab o Zibán –al S. de Constantina– y Trípoli de Berbería»¹⁰, habla en realidad de un estado ya inexistente, el de los hafsiés en su mejor momento, trescientos años anterior. El propio autor reconocerá que las regiones de Constantina, Ezzab y Trípoli vivían emancipadas de la autoridad del soberano tunecino, en tanto Bedjaïa y sus dependencias hacía bastantes años que se había hecho independiente, siendo finalmente sometida por los españoles. Avanzado el siglo XVI, Luis del Mármol Carvajal, otra fuente muy seguida, continuará sembrando desinformación sobre este punto¹¹ al incluir dentro de Túnez una parte del actual territorio libio y del frente oriental argelino, aunque no Bedjaïa y su región, que dice no pertenecer ya al reino hafsi. En realidad para entonces la jurisdicción del sultán tunecino, príncipe de un estado en ruinas, apenas sobrepasaba los muros de su capital.

El Magreb en la renovación cartográfica española

Desde finales del Quinientos el portulano-carta marítima de signo tradicional, más que instrumento científico, se había convertido en artículo de lujo muy solicitado por príncipes, aristócratas y ricos mercaderes, quienes deberían pagar por ellos proporcionalmente al valor de los materiales nobles utilizados en su ejecución –panes de oro..., etc.– y a la cantidad de elementos decorativos que contenían. El carácter ornamental y suntuario de estos mapas se infiere además de su desfase respecto a las nuevas cartas náuticas y a los renovados derroteros introducidos en la Europa más avanzada.

En este momento el decreciente ejército de cartógrafos hispánicos será renovado por otro más profesional y especializado, por lo general extranjeros ocasionalmente al servicio de España, quienes incorporarán nuevas ideas y nuevas técnicas, reflejo de los progresos del saber científico. Italianos unos como A. Veneziano, J. de Musis, P. Forlani, G.B. Cavallini, G. Rossi, P. Coronelli; alemanes, flamencos y holandeses otros como L. Iansz-Waghenaer, W. Barentzoen, M. Velsler, I. Hondius, F. Aefferden, J. van Keulen, J. Woogt, J. Blaeu, continuadores distinguidos de los Mercator, Ortelius y Janssonius; y

10 EL AFRICANO, Juan León (Al-Hasan ben Muhammad al-Wazzan al Fasi): *Descripción de África y de las cosas notables que en ella se encuentran*. Tetuan: Inst. General Franco de Estudios e Investigación Hispano-árabe. 1952, pp. 6-7.

11 MÁRMOL CARVAJAL, Luis del: *Descripción general de África*. Edición facsimil del Instituto de Estudios Africanos. Madrid. 1953, t. I, f. 6r.

franceses la mayor parte, desde el tercio final del siglo XVII: Sanson d'Abbeville, Delisle, Bourguignon d'Anville, Fer, Guendeville, Janviers, Longchamps, Mornas, Desnos, Clouet o Laporte, entre tantos más.

Son tiempos en los cuales el portulano-carta marina da paso a la carta náutica pura como resultado de un largo proceso evolutivo con incorporación progresiva de las innovaciones técnico-científicas de última hora –sobre todo en cuanto al sistema de proyección adoptado– y una paralela depuración de reliquias geográfico-históricas y de elementos simbólicos y decorativos. Un proceso que en cierta forma comienza en pleno siglo XVI, y no culminará hasta el tercio final del XVIII, en que se impone la carta náutica elaborada con criterios más rigurosos. Durante esta larga transición los centros cartográficos situados en España e Italia, dan paso a otros emplazados en Amberes –bajo soberanía española hasta 1714–, y después en Amsterdam, Londres y París. Mercator, Hondius, Blaeu y Cassini serán, entre otros, los principales paladines del cambio.

Esa transformación y progresos cartográficos vienen determinados ante todo por los siguientes factores: la generalización del sistema de proyección de Mercator en el siglo XVI; la mayor precisión en el cálculo de la longitud mediante la utilización del cronómetro en la siguiente centuria; la aplicación del octante de Halley, introducido en 1731 y más completo que el sextante tradicional, para el cálculo de las coordenadas geográficas, y los rápidos progresos de las matemáticas, la astronomía y la geodesia desde finales del XVII.

En España esta renovación, algo más tardía, llega con las nuevas escuelas náuticas establecidas en diferentes puntos de la Península y en América, y también con la creación de otros establecimientos científicos de diferente signo. En particular la Dirección y Depósito Hidrográficos de Marina, que darán paso más tarde al Instituto Hidrográfico, entidades ambas impulsadas por científicos de renombre internacional como Jorge Juan y Antonio de Ulloa –entre 1736 y 1740 midieron el arco del meridiano en el virreinato del Perú conjuntamente con una comisión francesa¹²–, Antonio de Pineda, José Espinosa, Dionisio Alcalá Galiano, Martín de Olavide, Felipe Bauzá, Ciriaco Ceballos o Vicente Tofiño de San Miguel, por mencionar solo algunos de los más notorios, y por expediciones oceanográficas de primer orden dirigidas a todos los mares conocidos, como la memora-

12 GUILLÉN TATO, Julio F.: *Los tenientes de navío Jorge Juan y Santacilla y Antonio de Ulloa y de la Torre-Guiral, y la medición del meridiano*. Madrid: Imp. G. Sáez. 1936 [hay 2ª ed.: Novelda. Caja de Ahorros. 1973]; Cano Trigo, José Mª.: «Las ciencias náuticas y la cartografía a mediados del siglo XVIII», *Revista de Historia Naval*, V, nº 16 (1987), pp. 5-21. Actualizada y novedosa aproximación a Jorge Juan, su obra y su mundo en el nº 51 de *Canelobre* (Inst. Gil Albert. 2006) a cargo de A. Alberola, E. Giménez, J.L. Gómez, M. Lucena Giraldo, C. Mas y otros notorios especialistas.

13 MALASPINA, Alejandro, *Viaje político-científico alrededor del mundo por las corbetas «Descubierta» y «Atrevida» al mando de los capitanes de navío D. (...) y D. José Bustamante y Guerra desde 1789 a 1794*. Edición de P. de Novo y Colson. Madrid. 1885. Otra ed. a cargo de M. Palau, A. Zabala y B. Sáez: Madrid: El Museo Universal. 1984. Una actualizada síntesis de la expedición, con aportación de fuentes archivísticas y bibliográficas en Virginia GONZÁLEZ CLAVERÁN, «La expedición Malaspina y la cartografía novohispana», *Revista de Historia Naval*, V, nº 19 (1987), pp. 91-112. De la misma autora es su monografía básica: *La expedición científica de Malaspina en Nueva España (1789-1794)*. México: El Colegio de México. 1988.

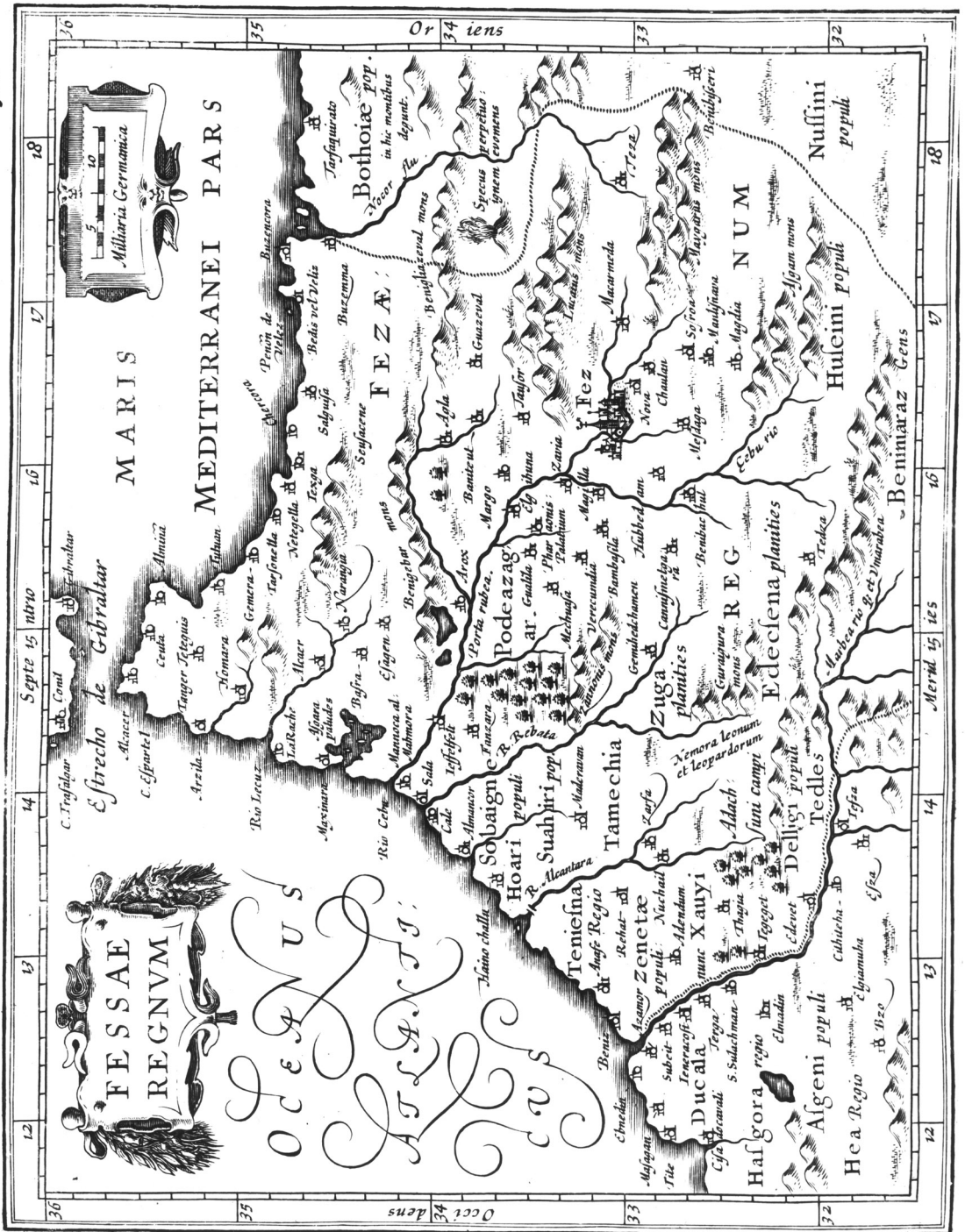


FIGURA 1. Fessae Regnum.

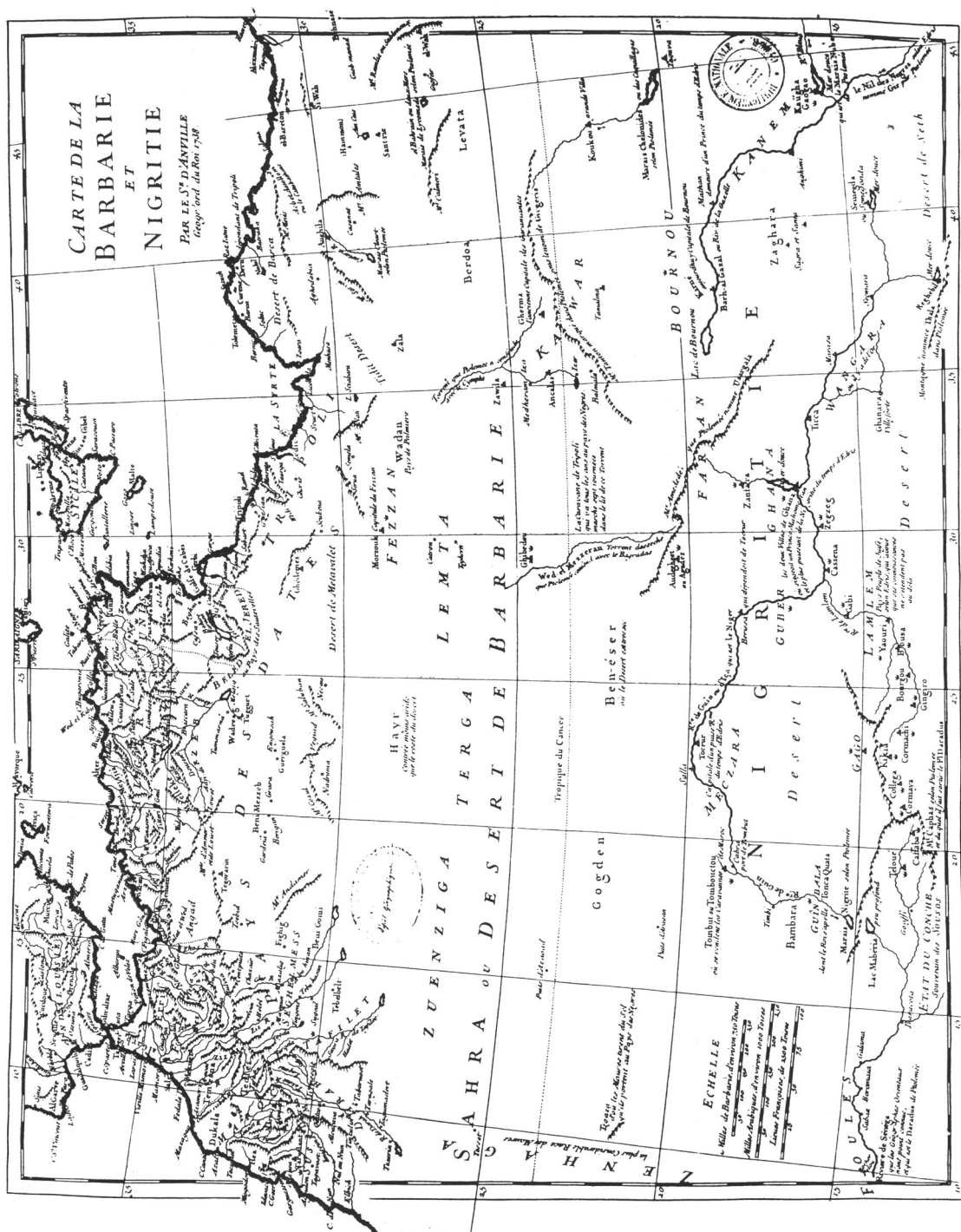


FIGURA 2. D'Anville: Carte de la Barbarie et Nigritie. 1738.

ble¹³ de Alejandro Malaspina y José Bustamante a bordo de las corbetas «Descubierta» y «Atrevida», que entre 1787 y 1794 realizó numerosos trabajos y observaciones en los dilatados dominios ultramarinos españoles de América, Oceanía y SE asiático, así como en otros parajes del Pacífico.

Hoy nadie cuestiona que las contribuciones más señeras de la cartografía náutica española del siglo XVIII se refieren a las costas de la alta California, México septentrional y actuales territorios norteamericanos hasta Nevada, Utah y Colorado, así como al estrecho de Magallanes, Chile, Filipinas y Oceanía, sectores del imperio español hasta el momento un tanto marginados. Pero también interesó el Mediterráneo, objeto de renaciente interés para España, una vez normalizadas las relaciones diplomáticas y comerciales con las potencias musulmanas del área en la segunda mitad de esa centuria¹⁴. Los memorables trabajos de Tofiño en el levantamiento de las costas mediterráneas españolas, y de las marroquíes y argelinas inmediatas –estos últimos reseñados y reproducidos en mi libro con M. de Epalza sobre cartografía de Argelia¹⁵ y en mi corpus cartográfico sobre Marruecos¹⁶, fue seguido de toda una serie de comisiones hidrográficas y expediciones científicas, cuyo objetivo final no era otro que la construcción de la llamada *Gran Carta Nacional del Mediterráneo*¹⁷, comenzándose por las hojas referentes a su mitad occidental, hasta Italia, Malta y Túnez, habiendo sido realizados los trabajos sobre este último país, por cierto varios de ellos inéditos hasta su publicación en mi repertorio sobre Túnez, por Dionisio Alcalá Galiano¹⁸.

14 Véase por ejemplo Museo Naval de Madrid (MNm), ms. 342, fs. 25r. 50v: *Derrota de yda y buelta en todos tiempos desde el departamento de Cartagena a Trieste en el Golfo Adriático, formada por D. Juan Zamora, primer piloto de la Armada y abilitado de Alférez de Fragata en la navegación que hizo en el Navío de S.M. nombrado «Astuto» el año de 1796 hasta el de 1798.* (Descripción de las costas tunecinas entre Porto Farina y cabo Bon en fs. 34v-35r).

15 EPALZA, Mikel de; VILAR, Juan B.: *Planos y mapas hispánicos de Argelia. Siglos XVI-XVIII | Plans et cartes hispaniques de l'Algérie, XVIe.-XVIIIe. siècles.* Prólogo de J. Pérez Villanueva. Madrid: Agencia Española de Cooperación Internacional (AECI)-Instituto de Cooperación con el Mundo Árabe (Ministerio de Asuntos Exteriores). 1988.

16 VILAR, Juan B.: *Mapas, planos y fortificaciones hispánicos de Marruecos. Siglos XVI-XX | Cartes, plans et fortifications hispaniques du Maroc, XVIe.-XXe. siècles.* Prólogo de J.A. Calderón Quijano. Madrid: Instituto Hispano-Árabe de Cultura-AECI (Ministerio de Asuntos Exteriores). 1992.

17 PRÍNCIPE DE LA PAZ, [Manuel Godoy y Álvarez Serrano de Faria], *Memorias.* Edición y estudio preliminar de C. Seco Serrano, BAE, t. LXXXVIII (1965), p. 405. Precisiones sobre igual temática en LA PARRA, Emilio: Manuel Godoy. *La aventura del poder.* Prólogo de C. Seco Serrano. Barcelona: Tusquets Ed., 2002; MELÓN, E. et al (Eds.): *Manuel Godoy y su tiempo.* Presentación C. Seco Serrano. Mérida: Editora Regional de Extremadura. 2003, 2 vols.; VILAR, Juan B.: «Manuel Godoy o la reivindicación de un ilustrado. En torno a dos libros de E. La Parra», en J.B. Vilar y Carmen González Martínez (Eds.): *Constitución y territorio en la España Contemporánea.* Murcia. 2004, pp. 489-494 [Nº 20 –monográfico– de *Anales de Historia Contemporánea.* Universidad de Murcia].

18 En el MNm existen, además, otras anotaciones sueltas procedentes de la comisión Alcalá-Galiano en Túnez, dispersas en diferentes manuscritos. Véase, entre otros: Dionisio (ALCALÁ) GALIANO, *Longitud aproximada de algunos puntos de la costa de África, según resultan directamente por el reloj de Arnold, nº 344 de la campaña de la fragata «Soledad», Madrid 18 noviembre 1803.*

TRIPOLI di Barberia.



Die Hauptstadt in dem Königreich gleiches Namens, ist die Residenz des Divans u. eines Fürstlichen Bräuners, sind, hat nur 2. Thiere zins, wozu ein Meer, große Mitternacht, das andere, nach der Anzahl
 Bienen, liegt in einer fruchtbar u. gerodet, hat hohe u. sehr starke Mauern, ganz ohne in, fasto Bollwerk, u. gegen Mitternacht, die Stadt ist nicht gar groß, u. die
 eine feste Mauer umgeben, durch welche Schiffe verfahren wird. Die Stadt ist nicht gar groß, u. die die Einwohner sind von sehr verschiedenen Nationen, welche durch die
 Gerichte, vor dem Kaiser, ist das sehr wasser, gerodet wird, weil das Wasser sehr schlecht, für die welche Schaden die Einwohner noch nicht wieder ausgehoben.

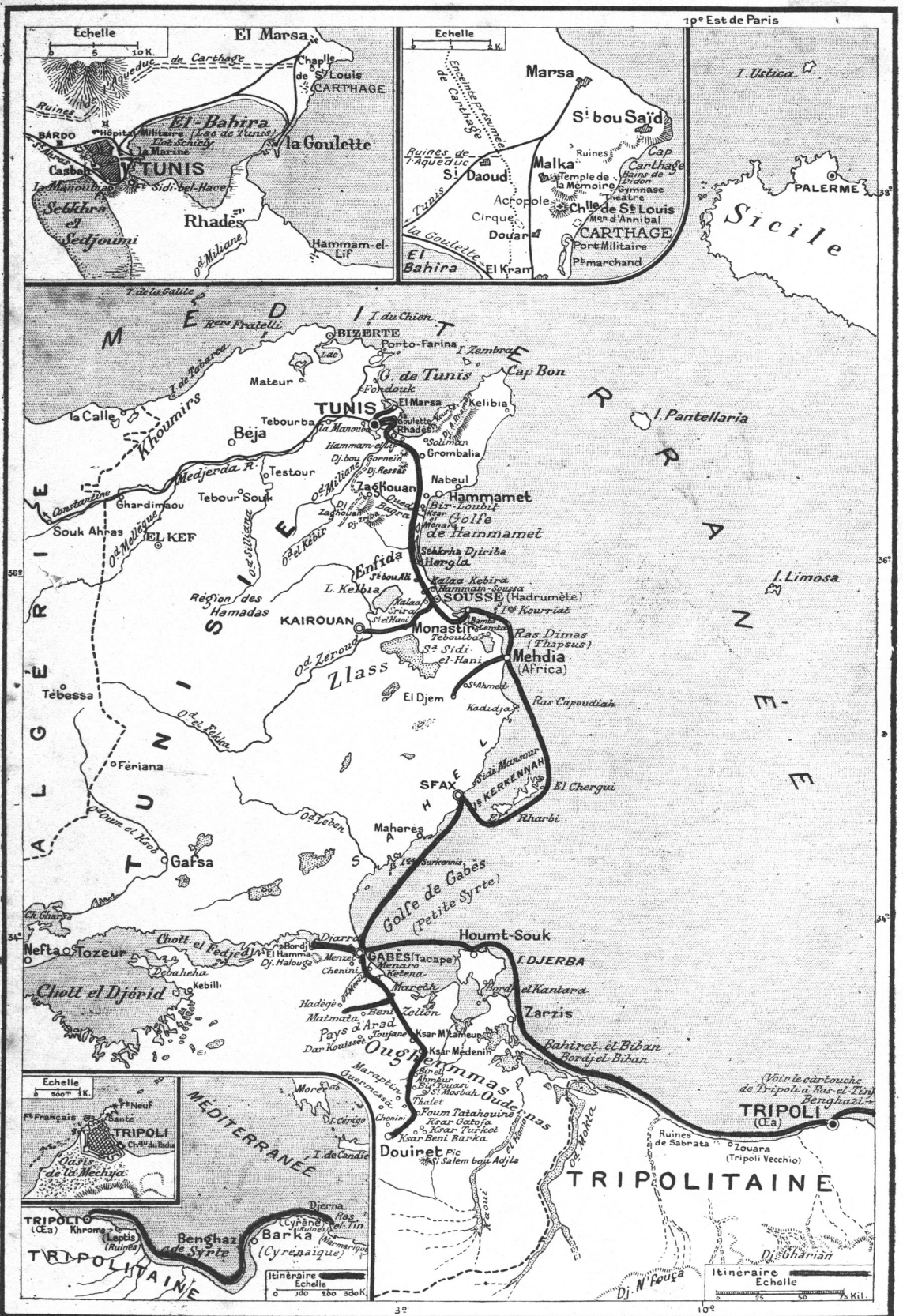
Geogr. Anstalt, 1791, et. sec. 1791.

1 2 3 4 5 6 7 8 9 10 11 12 13 14 15 16 17 18 19 20 21 22 23 24 25

9340168

CMS

FIGURA 3. Tripoli de Berberia, s. XVIII.



P. Bineteau del.

FIGURA 4. Túnez y Tripolitania, siglo XIX.

Las cartas construidas por Alcalá Galiano se refieren a los Dardanelos, canal de Mármara, costas y archipiélagos griegos, y litoral e islas de la península de Anatolia, teniendo que interrumpir bruscamente su comisión al tener noticia de la guerra con Inglaterra, para regresar de inmediato y hacer entrega de los resultados de la expedición, última de su vida, dado que falleció en el combate de Trafalgar –21 octubre 1805– mandando el *Bahama*. Sin embargo sus reconocimientos, observaciones, levantamientos de costas y rectificaciones de cálculos, realizados entre los cabos tunecinos Serrat y Bon, y sobre las islas inmediatas –Galita en particular–, como también sobre el litoral líbico actual, material del que ofrecemos una selección en nuestros dos corpus cartográficos referidos a Túnez y Libia, sería utilizado después en la confección de dos cartas, recogidas a su vez en ambos repertorios referenciados.

Los desastres navales españoles de comienzos del siglo XIX, que conllevaron la desaparición de la mayoría de los mejores marinos científicos de España, y la destrucción de la casi totalidad de la potencia naval española, seguidos de la pérdida de gran parte de los dominios americanos y la postración política y económica del país en la primera mitad de esa centuria, determinaron la rápida declinación de las tareas hidrográficas. Declinación pero no desaparición, como se evidencia en lo que al litoral magrebí se refiere en misiones científicas como las de Salazar y Arias en 1807 y 1817 respectivamente. Solo a partir de 1858 –restauración parcial de la potencia naval española con la construcción de una moderna escuadra–, se impulsan de nuevo los trabajos hidrográficos, llevándose a efecto empeños tan notables como las comisiones de Montojo y Pardo de Figueroa, trabajos todos ellos que tendrían fiel reflejo en los progresos cartográficos¹⁹.

En lo que a Marruecos concierne, aparte de las cartas de Tofiño y otros cartógrafos navales e ingenieros militares sobre el litoral comprendido entre la desembocadura del Muluya y el estrecho de Gibraltar, también antes de 1800 se procedió a realizar el levantamiento científico de la costa atlántica marroquí entre Tánger y Mogador, y luego, ya en el XIX, del litoral al sur de Mogador –territorios del Nun y Tekna–, así como del propiamente sahariano. Primero del sector de Saguía el Hamra y luego de Río de Oro hasta cabo Bojador, y finalmente hasta cabo Blanco y la bahía del Galgo. Todo ello como resultado de numerosos trabajos y observaciones y de varias expediciones oceanográficas²⁰.

Hay que decir que a la labor de los marinos se suma la de nuestros ingenieros militares entre los siglos XVI y XX. Desde Juan Bta. Antonelli y Cristóbal de Rojas, a quienes

19 MARTÍN MERAS, M^a. Luisa: «Cartografía náutica española en los siglos XVIII y XIX», en *Historia de la Cartografía española...*, op. cit., pp. 45-57. Continúan siendo útiles las observaciones de Julio F. GUILLÉN TATO: *Cartografía marítima española: en torno a varios de los problemas de su estudio*. Madrid. Imp. Blas. 1943. Véase también: BONET CORREA, Antonio: *Cartografía militar de plazas fuertes y ciudades españolas. Siglos XVII – XIX: planos del Archivo Militar Francés*. Madrid: Instituto de la Conservación y Restauración de Bienes Culturales. 1991.

20 LOMBARDEO, Manuel: «Cartografía del África Española», *Boletín de la Real Sociedad Geográfica*, 81 (1945), 405-444; MARÍN, Manuela: «The Image of Morocco in three 19 th Century Spanish Travellers», *Quaderni di Studi Arabi*, 10 (1992), 143-158.

después de 1900 levantaron los mapas de las últimas regiones desconocidas del interior de Marruecos y Sahara Occidental²¹. Todos ellos tienen en su haber una obra ingente, de que da idea dos millares de mapas y planos conservados y las decenas de fortalezas y construcciones civiles españolas que todavía subsisten en el N. de África.

A la cartografía generada por los viajeros de los dos tercios iniciales del siglo XIX, de interés desigual, si bien entre aquellos individualidades harto reseñables (Domingo Badía y Lebrich —«Príncipe Alí Bey el Abassi»—, José M^a. de Murga —«El Moro Vizcaíno»— o Joaquín Gatell, entre tantos más), siguió otra más sistemática potenciada por la crisis bélica hispano-marroquí de 1859-1860 (la llamada *Guerra de África*), pero también por asociaciones científicas y mercantiles, oficiales y privadas, civiles y militares, tales como la Real Sociedad Geográfica, la de Africanistas y Colonistas, la de Geografía Comercial, la de Historia Natural, etc., o bien entidades como el Depósito de Guerra o la Comisión de Estado Mayor en Marruecos. Unas y otras inspiradas y conducidas por personalidades tan relevantes como Francisco Coello, Joaquín Costa o el arabista Codera, y entre cuyos hombres de acción figurarían algunos tan notorios como Ángel Cabrera, Ramón Jáudenes y Eduardo Álvarez Arduñay²².

Esa cartografía es imprescindible para un correcto seguimiento del proceso de penetración española en Marruecos, como también en África occidental y ecuatorial. Y al propio tiempo no deja de ser instrumento de legitimación de esa presencia en plena era del imperialismo y para la consolidación y perpetuación de la misma. Como refieren A.

21 GARCÍA BAQUERO, Manuel: «Cartografía militar africana-española», *Archivos del Instituto de Estudios Africanos*, 80 (1966), 21-49; ALONSO BAQUER, Manuel: «Aportación militar a la cartografía española en la historia contemporánea», *Boletín del Servicio Geográfico del Ejército*, 4 (1968), 17-36, obra que es primicia de una extensa monografía (XI + 365 pp. + láms., mapas y planos) publicada en Madrid: Patronato «Alonso de Herrera» del Instituto de Geografía Aplicada. 1972; ALBET, Abel; NOGUÉ, Joan; RUIDOR, Lluís: «Exploratori, militari, topografi: la cartografia spagnola del Marocco», *Terra d'Àfrica*, 6.

22 Amplia información al respecto en LÓPEZ GARCÍA, Bernabé: «Ciencia y penetración pacífica: los trabajos de la Comisión del Noroeste de África de la Sociedad de Historia Natural (1901-1921), en *II Aula Canarias y el Noroeste de África*. Las Palmas. 1986, pp. 339-360; RODRÍGUEZ, José Antonio: *Geografía y colonialismo. La Sociedad Geográfica de Madrid, 1876-1936*. Madrid-Cantoblanco: Universidad Autónoma de Madrid. 1994; NOGUÉ, Joan y VILLANOVA, José Luis (eds.): *España en Marruecos (1912-1956). Discursos geográficos e intervención territorial*. Prólogo de B. López García. Lleida: Ed. Milenio. 1999, y Díez Torre, Alejandro R. (ed.): *Ciencia y Memoria de África. Actas de las III Jornadas sobre «Expediciones científicas y africanismo español, 1898-1958»*. Madrid: Ateneo de Madrid-Universidad de Alcalá, 2002; VILLANOVA, J.L.: «La producción geográfica y cartográfica sobre el Protectorado de España en Marruecos», en A. Ramírez y B. López García (eds.): *Antropología y antropólogos en Marruecos. Homenaje a David M. Hart*. Barcelona. 2002, pp. 135-155; todas las cuales remiten a las fuentes y bibliografía disponibles. Sobre A. Cabrera en particular, véanse estas dos recientes aportaciones: CABRERA, Ángel: *Magreb-el-Aksa. Recuerdo de cuatro viajes por Yebala y por el Rif*. Prólogo de M. Hernando de Larramendi. Madrid: Ibersaf Industrial. 2004, y FELIPE, Helena de; LÓPEZ-OCÓN, Leoncio; MARÍN, Manuela (eds.): *Ángel Cabrera: ciencia y proyecto colonial en Marruecos*. Madrid. CSIC. Estudios Árabes e Islámicos. 2004.

Albet y Ll. Ruidor²³ en relación con el caso marroquí, lejos de ser esos mapas representaciones neutras de la geografía física o humana «... se convierten en un ejercicio de poder relacionado con la voluntad de dominio y control».

Fuentes y repertorios cartográficos

La cartografía histórica española sobre el Magreb, o por mejor decir hispánica, por cuanto sus autores no solo son españoles sino a su vez, y en proporción nada desdeñable, extranjeros al servicio de España (italianos en primer lugar, pero también flamencos, franceses, portugueses, holandeses, alemanes y de otras procedencias) es la referida a los cuatro países situados en la cornisa mediterránea del N.O. de África. Es decir Marruecos, Argelia, Túnez y Libia. Por extensión, aunque fuera ya del espacio propiamente mediterráneo, Mauritania y Sáhara Occidental. Cronológicamente se halla datada entre los siglos XVI y XIX inclusive. La de Libia y Marruecos hasta 1911 y 1912, años respectivamente de la ocupación italiana de la Regencia turca de Trípoli y de la declaración del Protectorado franco-español sobre el Imperio alauí. Por tanto se trata de una cartografía referida a la dilatada fase precolonial, coincidente con el mundo moderno y el primer siglo de la contemporaneidad. De ahí su conceptualización como *histórica*.

Aparte los fondos conservados en los cuatro países de referencia, fondos no especialmente relevantes, la documentación básica se localiza en una treintena de cartotecas europeas. Entre ellas las fundamentales son el Archivo General de Simancas; en Madrid la Biblioteca Nacional (secciones Manuscritos y Cartografía), Archivo Histórico Nacional, Biblioteca del Palacio Real, Museo Naval, Archivo Histórico Militar y Servicio Geográfico del Ejército; en Barcelona, el Museo Marítimo y Biblioteca de Cataluña, y en Palma de Mallorca la Biblioteca «Bartolomé March Servera». Fuera de España fundamentalmente la Bibliothéque Nationale de París, Sec. Carthographie, y la British Library, Maps Room (Londres).

Pero existen otros fondos cartográficos que aportan materiales de máximo interés. Desde los conservados en archivos como el General de la Administración (Alcalá), General de Marina (El Viso del Marqués, C. Real), General Militar (Segovia), y de la Corona de Aragón (Barcelona), a bibliotecas públicas como las de Madrid, Toledo, Barcelona, Valencia, Palma, Alicante y Murcia, universitarias como las de Oviedo, Valladolid, Salamanca, Madrid, Barcelona, Valencia, Murcia, Granada y Sevilla, o privadas como la de la Casa de Alba, en el madrileño Palacio de Liria, por mencionar un ejemplo notorio. Fuera de España, aparte las cartotecas mencionadas, se conservan series relevantes sobre la temática de referencia en otros emergentes depósitos como los custodiados en el británico Public Record Office –Kew Gardens, Richmond–, en las Bibliotecas Vaticana y Nacional de

23 ALBET, Abel; RUIDOR, Lluís: «Evolución de la cartografía española de Marruecos: entre el documento territorial y la representación simbólica del poder», en J. Nogué y J.L. Villanova (eds.): *España y Marruecos...*, p. 281.

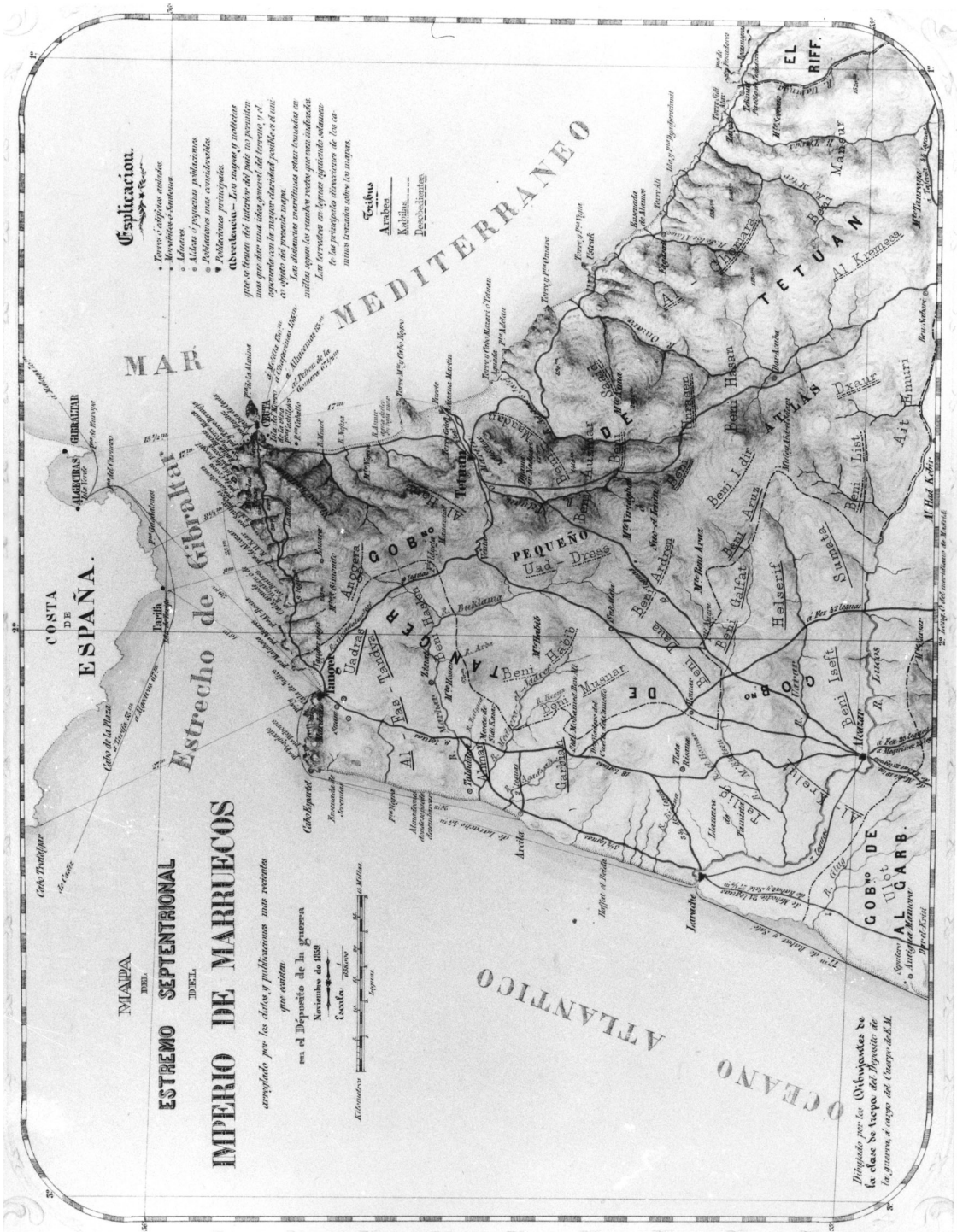


FIGURA 5. Mapa de la región septentrional del Imperio de Marruecos, 1859.

Italia, en la lusitana Torre de Tombo, o en la parisina Bibliothéque Mazarine. Entre las no europeas, en las norteamericanas The Library of Congress (Washington) y en la The Public Library de Nueva York. Todos esos centros suelen disponer de detallados catálogos sobre sus fondos disponibles, por lo general informatizados.

Por mi parte en las dos últimas décadas me he ocupado de la cartografía hispánica sobre el Magreb dentro de un Proyecto de investigación iniciado en 1987 bajo el patrocinio de la Agencia Española de Cooperación Internacional, Ministerio de Asuntos Exteriores. Se ha traducido en cuatro repertorios referidos a Argelia, Túnez, Marruecos y Libia, aparecidos en 1988, 1991, 1992 y 1997 y publicados en ediciones bilingües español-francés los tres primeros, y español-inglés el último. Realizado el primero de los mencionados conjuntamente con el Dr. Mikel de Epalza, en tanto de los restantes quien suscribe es responsable exclusivo. De la magnitud del esfuerzo realizado da idea el hecho de que en el repertorio sobre Argelia sean seleccionados, estudiados, y en parte reproducidos, 497 mapas y planos²⁴; 402 en el de Túnez²⁵; 844 en el de Marruecos²⁶ y 734 en el de Libia²⁷. En total 2.477 piezas cartográficas, en su mayoría manuscritas e inéditas.

Cada monografía va precedida de sendos estudios geográfico, histórico, cartográfico y sobre ingeniería militar. Por su parte cada una de las 2.477 piezas estudiadas constan de ficha técnica completa, estudio histórico y cartográfico, antecedentes del mapa o plano y su influencia ulterior, bibliografía, apéndice documental, reproducción –en su caso– de la pieza en cuestión y de otras afines o con ella relacionadas, y fotografía, en su caso, del estado actual del edificio de referencia si se trata de una fortificación o de una construcción civil. En suma, cada ficha en cierta medida viene a ser como un artículo con su texto, aparato crítico, apéndice documental e ilustraciones.

Los cuatro repertorios representan a mi juicio una contribución sustantiva al conocimiento histórico-cartográfico de los países mencionados, y del legado cartográfico y arquitectónico español en los mismos entre 1504-1505 –ocupación del primer enclave hispano en el N. de África, el de Mazalquivir, antepuerto de la urbe argelina de Orán– y 1912, año de la declaración del Protectorado franco-español sobre Marruecos. Al propio tiempo supone en lo que a los planos concierne, un útil instrumento para la acertada ejecución de diferentes proyectos de restauración de esos monumentos, algunos ya restaurados o en vías de serlo por cuenta del Estado español, del país de referencia, o conjuntamente por ambas naciones.

24 Véase nota 15 supra.

25 VILAR, Juan B.: *Mapas, planos y fortificaciones hispánicas de Túnez (1500-1881)*. | *Cartes, plans et forteresses hispaniques de la Tunisie (1500-1881)*. Prólogo de M. de Epalza. Madrid: AECE (Ministerio de Asuntos Exteriores). 1991.

26 Véase nota 16 supra.

27 VILAR, Juan B.: *Mapas, planos y fortificaciones hispánicas de Libia (1510-1911)*. | *Hispanic maps, plans and fortifications of Libya (1510-1911)*. Prólogo de S. Bono. Madrid: Secretaría de Estado para la Cooperación Internacional y para Iberoamérica-AECE (Ministerio de Asuntos Exteriores). Madrid. 1997.

En los cuatro repertorios mencionados no pretendo entrar en debates como el de si fueron primero las cartas mallorquinas o italianas, o si se debe a flamencos, alemanes, franceses o españoles la solución de los problemas matemáticos que posibilitaron la transformación del vetusto portulano medieval en moderna carta náutica. Mi aportación no se encamina por los sinuosos derroteros de la sustentación de nuevas tesis, por más que en su momento formule alguna, sino en la recopilación y estudio de un material de primera mano, en el que se incluye un estimable número de piezas, presentadas no pocas de ellas por vez primera, en tanto en relación a otras han podido ser establecidas autorías hasta el momento erróneas, dudosas o ignotas.

Las cuatro monografías de referencia no renuncian ante todo a ser catálogos que sugieran e impulsen investigaciones futuras. Pero no son mera recopilación de descarnadas fichas técnicas, dado que se ha procurado profundizar en el estudio de cada pieza en la medida que lo permite las características propias de un catálogo y las limitaciones del autor.

No cabe duda de que la obra en su conjunto hubiera resultado más lograda caso de haberse realizado por un equipo de cartógrafos, arqueólogos modernos, historiadores e ingenieros militares, pero no es fácil reunir un equipo de tal naturaleza en España como tampoco en Túnez, Argelia o Marruecos, y caso de conseguirse, lograr que realice su labor satisfactoriamente en plazo razonable. Los cuatro catálogos son, por tanto y ante todo, contribución de historiador.

La serie cartográfica hispana incidente sobre el espacio magrebí dista sin embargo de agotarse en esos cuatro repertorios. Bien es cierto que las limitaciones del material presentado han dependido fundamentalmente de los criterios seguidos para su selección. Tales criterios pasan por una necesaria aclaración previa. El sentido de la palabra *hispanica*, que aparece ya en el título. Se entiende bajo una doble significación. En primer lugar se trata de piezas conservadas actualmente en España, de autores españoles, de súbditos de la Monarquía hispana –italianos y flamencos sobre todo–, de extranjeros al servicio de España –lusitanos, franceses, alemanes..., etc.– y finalmente, de autores no españoles y en vida sin particular conexión con España, pero de quienes se recoge alguna obra importante siempre que se conserve en nuestro país.

De otro lado, es considerada hispanica la cartografía que, existente fuera de España, en su momento fue realizada por súbditos de la Monarquía española pertenecientes a territorios hoy no españoles –Flandes e Italia en primer lugar–, especialmente en los siglos XVI y XVII; la ejecutada por extranjeros al servicio de España en diversas épocas; las obras de autores foráneos publicadas en español dentro y fuera de España, así como otras de autores hispanos realizadas, editadas, coeditadas o traducidas en el extranjero. También las producciones de cartógrafos españoles conservadas fuera de España. La serie es inabarcable, por lo que se ha optado por incluir solamente las obras manuscritas conservadas dentro o fuera de España y las impresas existentes en varias de las cartotecas españolas y extranjeras consideradas como más importantes y de superior incidencia sobre la cartografía histórica. Esa vasta información ha sido obtenida directamente mediante sistemático trabajo de archivo en España, Francia, Gran Bretaña, Italia, Portugal, Estados Unidos,

Marruecos, Argelia, Túnez, Libia y Malta –por ese orden– y en su defecto, recurriendo a fuentes indirectas, en particular la consulta de los más acreditados catálogos, que me ha permitido seguir la pista a los restantes fondos disponibles.

Por más que en España se conserva hoy el elenco fundamental de la cartografía hispánica referida al norte de África, sobre todo en los grandes archivos, cartotecas y bibliotecas de Madrid, Simancas, Barcelona y Palma de Mallorca, las series existentes en el extranjero también son importantes, en particular las de diferentes centros de Gran Bretaña, Francia, Italia y Estados Unidos. A esa dispersión ha coadyuvado de un lado la enajenación de una parte del patrimonio nacional español en fases tormentosas de nuestra historia más o menos reciente y en circunstancias lamentables que es preferible omitir por conocidas de todos, como por el hecho de que en considerable medida, siquiera en lo que a portulanos y cartas náuticas concierne, tales obras fueron ejecutadas fuera de España por cartógrafos españoles afinados en el extranjero, donde con frecuencia crearon escuela –Mesina, Nápoles, Liorna, Génova, Venecia, Malta, Marsella, Amberes, etc.–, resultando luego muy difícil el rescate de esa producción, objetivo que sin embargo se ha logrado en parte. Sobre todo últimamente desde Barcelona y Palma de Mallorca.

Hay que decir que el fenómeno de la enajenación y dispersión del patrimonio cartográfico resulta más desolador en el caso de naciones como Bélgica, Países Bajos, Italia y sobre todo Portugal. Aquí, de las 141 piezas de primer orden computadas para los siglos XV y XVI, apenas 15 están en su país de origen, en tanto 34 en Francia, 26 en Italia, 23 en Gran Bretaña, 10 en Estados Unidos, nueve en Alemania, tres en España, tres en Austria, dos en los Países Bajos, nueve en paradero incierto, cuatro recogidas en los atlas de Ortelius, tres en el de Tolomeo de 1511, otra en el de Mercator de 1607 y otra transmitida indirectamente a través de un grabado.

Finalmente, en lo que se refiere a los fondos por mí catalogados, a los cuatro repertorios mencionados cabe sumar otro sobre Ceuta²⁸ aparecido en 2002 (1.105 piezas diferentes), que obviamente cuenta con varios precedentes²⁹, y otros varios estudios más puntuales³⁰.

28 VILAR, Juan B.; VILAR, María José: *Límites, fortificaciones y evolución urbana de Ceuta (siglos XV-XX) en su cartografía histórica y fuentes inéditas*. Ceuta: Consejería de Educación y Cultura. 2002.

29 Entre otros: MARTÍN ALARIO, M.J.; GÓMEZ DE LAS CORTINAS MÉNDEZ, J.: «Mapas, planos y dibujos del Archivo General de Simancas referentes a Ceuta», *Cuadernos del Archivo Municipal de Ceuta*, III, nos. 6-7 (1990), 89-146; FERNÁNDEZ SOTELO, E.: *Cartografía de Ceuta*. Ceuta: Instituto de Estudios Ceuties-Sala Municipal de Arqueología. 1983; GOZÁLBEZ CRAVIOTO, Carlos: *Ceuta en los portulanos medievales. Siglos XIII, XIV y XV*. Prólogo de C. Posac Mon. Ceuta: Instituto de Est. Ceuties. 1997.

30 VILAR, Juan B.: «Cartografía hispánica sobre Túnez (1500-1881)», *Boletín de la Real Academia de la Historia*, t. CLXXXVII, cuaderno 1 (1990), 145-158; VILAR, «Tetuán en la Cartografía española. Presentación y estudio de treinta planos originales (1562-1912)», en VV.AA.: *Tetuán antes del Protectorado, 1860-1912*. Tetuán: Universidad Abd-el-Malik Al Sas-Di. 1992; VILAR, «De la Tabarka tunecina a la Tabarca española, 1535-1883. Una reflexión entre la historia y la cartografía», *Cuadernos de Investigación Histórica*. Fundación Universitaria Española, nº 16 (1995), 267-285; VILAR, J.B.: «Dos siglos de presencia de España en Tabarka (1535-1741)», *Revue d'Histoire Maghrebine* (Túnez, 1995), 163-82; VILAR, J.B. y EPALZA, M. de: «Un ejemplo de conjunto histórico-arquitectónico en liquidación: el sistema de fortificaciones españolas en Orán (1504-1791)», *Aldaba* (Melilla), nº 26 (1995), 345-66; VILAR, J.B.: «El viaje de Pascual de Gayangos

Algunos de los cuales realizados conjuntamente con M^a. José Vilar³¹, valioso e imprescindible refuerzo en atención a su doble formación como historiadora y geógrafa, y autora por su parte de una monografía³² y otros trabajos³³ incidentes sobre el ámbito ceutí. Con ellos, con una investigación paralela sobre Melilla y un repertorio referido a Egipto, una y otro ahora en curso de preparación y empeño conjunto de ambos autores, entendemos que hallará su lógica y natural culminación la serie aquí presentada de cartografía hispánica sobre el África mediterránea.

a Marruecos en 1848 en busca de manuscritos y libros árabes», *Boletín de la Biblioteca Menéndez Pelayo* (Santander), a. LXXIII (enero-dic. 1997 –publ. en 1998–), 29-41; VILAR, J.B.: «Las fortificaciones hispánicas en Argelia. El sistema defensivo de Orán-Mazalquivir durante la dominación española (1504-1791), *El Vigía de Tierra*, n^o. 6-7 (Melilla, 1999-2000), 49-69 [monográfico *Clio y el Geómetra*]; VILAR, J.B.: «Las ciudades fortificadas españolas en el norte de África. Orán-Mazalquivir como compendio y modelo de enclave español en el Magreb», *Actas de las II Jornadas sobre fortificaciones modernas y contemporáneas del Mediterráneo occidental (1550-1536)*. Cartagena: Asociación AFORCA – Ed. Áglaya. 2001, pp. 109-126; VILAR, J.B.: «La frontera de Ceuta con Marruecos: orígenes y conformación actual», *Cuadernos de Historia Contemporánea*. Universidad Complutense, n^o extraordinario (2003), 273-287; VILAR, J.B.: «El sistema defensivo-ofensivo de Orán-Mazalquivir en el Mediterráneo hispánico (1505-1713)», en Marta GRAU FERNÁNDEZ (coord.): *España en el Mediterráneo. La construcción del espacio*. Madrid: Centro de Estudios y Experimentación de Obras Públicas (Ministerio de Fomento) – Biblioteca Nacional (Ministerio de Cultura) – Caja de Ahorros del Mediterráneo. 2006, pp. 184-93.

31 VILAR, Juan B.; VILAR, M^a. José: «Los enclaves españoles del Norte de África como plazas de seguridad frente al corso magrebí. El caso de Ceuta (siglos XV-XIX)», *Actas de las V Jornadas sobre Fortificaciones, Piratería y Corsarismo en el Mediterráneo*. Cartagena: Ayuntamiento de Cartagena-Asociación AFORCA-Ed. Áglaya. 2006, pp. 181-219.

32 VILAR, M^a. José: *Ceuta en el siglo XIX a través de su cartografía histórica y fuentes inéditas. De presidio fortificado a ciudad abierta, portuaria y mercantil (1800-1912)*. Presentación de J.A. Lacomba. Prólogo de C. González Martínez. Murcia: Universidad de Murcia. 2002. Para Melilla, véase BRAVO NIETO, Antonio: *Cartografía histórica de Melilla*. Melilla: V Centenario de Melilla. 1996. También es útil repertorio de información la reciente monografía de MOGA ROMERO, Vicente: *De fortaleza a ciudad. Melilla en las revistas ilustradas de finales del siglo XVI*. Melilla-Barcelona: UNED – Edicions Bellaterra. 2006.

33 VILAR, M^a.J.: «La actuación en Ceuta de Ildelfonso Infante, administrador apostólico, y la agregación de esa diócesis a la de Cádiz, a través de una documentación vaticana inédita (enero-marzo 1877)», *Trocadero* (Universidad de Cádiz), n^o 16 (2004), 167-189; VILAR, M^a.J.: «La definitiva agregación de la diócesis de Ceuta a la de Cádiz (1877-1879)», *Hispania Sacra* (CSIC), t. LVII, n^o 115 (2005), 243-262.